



## Carácter é idioma del pueblo donostiarra

---

Escrito durante el reinado de Carlos III por el Dr. Camino

El idioma vulgar en San Sebastián es el bascuence, el cual se habla con tanta facilidad y gallardía, que hasta el mismo Larramendi, voto superior en este asunto, llegó á contestar no se podía negar á sus naturales los primores de la elocuencia bascongada, notando el defecto de usar á veces acusativo en lugar de dativo, como cuando dicen: eman-gonazu, esangonazu, en lugar de emangodidazu, esangodidazu.

Exceptuando, dice el citado autor, esta nulidad, se habla en aquella ciudad con grandísimo aire y distinción y una expresiva que les es particular. (1)

En prueba de ello es notable una pizca y trozo de retórica que puso en boca de una mujer de San Sebastián el P. Agustín de Cardaberaz, jesuita, en su Arte de hablar y escribir bien el bascuence (2) para demostrar las gracias y sales de que es capaz y susceptible la energía bascongada, por más que !a impugnen algunos semicríticos, sabiendo poco

---

(1) Diccionario trilingüe. Cap. 16 del prólogo.

(2) Euskararen berri onak eta ondo eskribitzeko, ondo irakurtzeko ta ondo itz egiteko erregelak.

ó nada de este antiguo idioma, y el único que ha quedado en España, anterior á los romanos: un idioma, que en la suavidad, armonía y propiedad filosófica de sus voces á pocos cederá ventaja, un idioma que todavía se disputa entre los sabios, si fué el más anciano que se hablaba en toda España ó á lo menos gran parte de ella: un idioma que fué propio de los reyes y corte de Navarra, hasta que se introdujo el castellano, como se ve en los antiguos privilegios y diplomas de dichos reyes, que aunque escritos en latín, cada paso están rebosando vocablos del bascuence; siendo también verosimilmente bascongados los nombres de Sanchos, Garcías, Iñigos, que desde el mismo reino de Navarra pasaron á Castilla

Un idioma, en fin, que si es verdad lo que escribió el doctor Isasti, no se desdeñó de aprender, y aun de hablar el emperador Carlos V por el trato continuo de los bascongados que tenía á su lado, como el secretario de Estado don Alonso de Idiaquez, el comendador Pedro Zuazola, don Esteban Zabala, médico de Cámara, don Rodrigo de Mercado y Zuazola, obispo de Avila, fundador de la Universidad de Oñate, y otros bascongados que seguían la Corte. (1)

Y porque no se tenga por sospechoso el testimonio de los escritores bascongados sobre la excelencia de su lengua, es notable el que produce el gran Jose Escalígero en el tratado de las lenguas de Europa.

Los españoles, dice, llaman con el nombre general de bascuence á las provincias donde se habla este dialecto.

Nada tiene de bárbaro aspereza ó estridor dicho idioma; antes bien es mui dulce y suave, siendo sin duda mui antiguo, y que era corriente en las mismas Provincias anteriormente á los romanos, lo cual basta para corregir la censura arrojada de Mariana calificando al bascuence de una lengua ruda y bárbara.

No hubiera dicho otra cosa el que no entendiese el griego y el latín, pues todo idioma, por elegante que sea, es bárbaro á quien no le comprende.

La pretendida aspereza, que suponen algunos genios preocupados en el bascuence para reducirla á Arte, y lenguaje de escritos, han comprobado bien ser imaginaria el Diccionario Trilingüe de Larramendi; el Nuevo Testamento en bascuence referido por el msima, y que se con-

---

(1) Dr. Isasti. Comp. Hist. de Guip.<sup>a</sup>

serva en la Biblioteca del Vaticano; la introducción á la vida devota de San Francisco de Sales, el catecismo histórico de Fleuri, Kempis, los pasajes mis célebres de la Escritura, y otros libros bascongados impresos en España y Francia.

Quisiera saber yo en qué lengua se pudiera hacer mejor entrada á un Tratado de Garmática y Retórica que la que puso al principio de su obra el P. Agustín Cardaberaz que con tanta propiedad abre así el discurso: «Erroman erri arren errenta andi eta fama are andiagorekin, ondo itz egiten ikasteko, edo elokuenziaren eskolak aurreneko idikizituena MARCO FABIO QUINTILIANO izanzan».

Aquel jesuíta piadoso y sabio recogió en un libro no más que de sesenta páginas en octavo todas las reglas de las bellas letras aplicadas al arte del bascuence ilustrado con noticias exquisitas de Humanidad.

Aunque comunmente se habla bascuence en San Sebastián, no se halla menos corriente el castellano, ya por la frecuencia del comercio, ya por la continua asistencia de la tropa, ya por la educación de la juventud, bien que en los partidos extramurales sólo se usa el idioma vulgar.

La pronunciación del castellano se corta con cierta suavidad, que aplauden aun los mismos rigurosos castellanos por no degenerar de la majestad de la grandilocuencia española, tacha que regularmente atribuyen á otros bascongados de tierra dentro, si con razón ó sin ella no nos metemos á indagar.

Lo cierto es que si los romanos notaban en el latín de los paduanos el aire de patavinidad sin perdonar al elegante Tito-Livio, incurren en la misma injusticia los que piensan con error no poder hablar los bascongados con propiedad y gusto la lengua castellana, cuando es notorio lo bien y culto que escriben en el idioma nacional.

El francés se ha introducido también bastante en San Sebastián, y más entre gente de comercio; pero es reprehensible que algunos, no por ignorancia, sino por gala, afectan afrancesar el español, cuya gravedad no en todo es compatible con la blandura de aquél; abuso parecido á otro igual, que reparaban los oradores más cultos de Roma en aquellos, que inoportunamente grecisaban, corrompiendo la pureza de la lengua latina con vocablos exóticos traídos del griego.

No ejerce poco la curiosidad de los hombres la particularidad de trajes, que se observa en las repúblicas, tomando por asunto los historiadores la forma de vestirse en los pueblos, de que tratan,

La gente popular de San Sebastián se adorna con un aseo, que en otras partes parecería tocar la raya del lujo.

Las mujeres ordinariamente se visten de indianas, y guardan la inveterada costumbre observada en la Cantabria, y en otras naciones de cubrir la cabeza con velo ó toca cuando toman estado.

Las personas de más distinción de entrambos sexos se componen con lucimiento, bien que tal vez con algún exceso por la comunicación inmediata á la Francia, única oficina que surte á Europa de todas las invenciones de moda, frustrando las leyes suntuarias, que han establecido las naciones contra los progresos del demasiado lujo.

La índole de los de San Sebastián naturalmente es fácil y jovial, lo que debe atribuirse á más de un feliz temperamento, que causa la benignidad de su clima, al recíproco trato civil de las gentes entre si, cuya correspondencia suele humanar más que ninguna otra cosa los genios más recios y ariscos.

Su comunicación es abierta y nada fastidiosa; huyendo de los dos extremos, que hacen enojosa la conversación, á saber, la dura rusticidad, la bufona chocarrería.

Se apasionan á la honesta recreación, especialmente á la pelota, juego tan recomendado por los antiguos, tan ejercitado por los mismos príncipes y emperadores, y que mereció se escribiesen sobre sus utilidades tratados enteros por los sabios: y no les lleva menos la afición el noble é ingenioso juego de billar, cuyas mesas abundan tanto: pero las Ordenanzas más antiguas de la Ciudad aborrecen todo juego de mala ley y prohibido.

Una de ellas, confirmada. por el rey don Juan I de Castilla, establece así: «otrosí ordenamos que ninguno, nin algunos vecinos nin extraños non sean osados de jugar á los dados de día nin de noche en esta Villa, nin en su Jurisdicción del su palenque de Santa Catalina, é qualquier que fuere fallado jugando de día en esta dicha villa, e en el dicho su término, que sea puesto por los Sagramenteros en la Torre, y esté ende el día que fuere puesto, é si fuere fallado de noche que los dichos Sagramenteros tomen á los tales Jugadores, é les pongan en la torre, é que estén en ella dos días, y que el Señor de la Casa, que consintiere el dicho Juego en su casa, que pague de pena cient mrs. por cada vegada» todo ello conforme al Derecho Real y Común.

Apetecen con extremo los de San Sebastián las delicias de una casa de campo, á donde salen á pasar el verano familias enteras, y la fron-

dosidad de un paseo ameno; la razonable tertulia y la conversación instructiva, de que resulta un giro incesante de noticias de Europa; y más con el beneficio de gacetas, diarios y otras efemérides, de que se surten, no haciendo muchos años que se imprimía gaceta particular en San Sebastián

La música y el baile ejercen sobre ellos su atractivo; y este último acaso no sin exceso, degenerando el arte de los principios sencillos y decentes que le dió el genio festivo de los hombres y la arreglada armonía ente el punto y compás.

Es particular á los de San Sebastián y demás guipuzcoanos el baile con que danzan agarrándose unos á otros las puntas de espadas; y lo son también otros bailes que ejecutan á son de tamboril y un silbo dulce, desconocido en otras partes, y que algunos autores creyeron ser la famosa bascatibia, cuya mención se encuentra en escritores antiguos (1).

Se nota también en San Sebastián un anhelo á todo lo que suene á funciones de anfiteatro; iluminación de su Plaza nueva, y otros semejantes espectáculos, cuya moralidad no nos toca indagar aquí.

Las personas de obligación, aunque las más empleadas en el comercio, no dejan de aplicarse varios ratos á la literatura amena, como Geografía, Ciencia mercantil: Artes y otros ramos de erudición.

En general estos naturales son piadosos y sensibles á cosas de religión; frecuentan los templos, asisten con frecuencia á oír los discursos oratorios del púlpito, en armonía de los divinos cánticos y demás actos de la Sagrada liturgia; se empeñan en adornar pomposamente las iglesias y sus altares.

Pocas públicas funciones hay de religión á que no acudan en gran número, contribuyendo también á este espíritu de piedad el ejemplo de los eclesiásticos que en la gravedad, modestia y compostura representan unos verdaderos ministros del Santuario: tan moderados en el ordinario traje civil, como magníficos en la preciosidad de sagrados ornamentos; serios en el templo; reportados afuera; ni familiarizados con exceso, ni austeros más de lo justo; populares y abiertos, como ciudadanos; mirados y circunspectos como clérigos.

Hablando de esta piedad de los de San Sebastián, no sabemos si por alabanza ó vituperio, ciertos viajeros alemanes que corrieron la España

---

(1) Véase Oyenart. Notit. Vascon. lib. I, cap. 10.

á principios del siglo pasado, dijeron haber sido en San Sebastián donde vieran la primera vez la costumbre de besar el hábito á los religiosos. «Hoc in loco prima vice Germani nostri Viatores morem conspexerunt Hispanorum, qui Monachorum vesteni cucullatam exosculantur». (1) Si lo dijeron en tono de irrisión ó sátira, como acostumbran á veces en su obra sobre cosas de España, nada muestran más que un espíritu superficial y frívolo, á quien hace novedad cualquier acto que no ve en su país, por laudable que sea.

Finalmente, mucho debe atribuirse esta piedad de los vecinos de San Sebastián á sus antiguas ordenanzas municipales que prohibían y castigaban con rigor los abusos criminales opuestos á la religión: la blasfemia, la execración, la inobservancia de los días consagrados al culto divino, la abominable simonía y otros crímenes semejantes,

Las principales carreras a que se dedican los de San Sebastián son la milicia, la marina y el comercio.

La milicia tiene ocupada bastante gente en los ejércitos: la marina en las reales armadas, departamentos, navíos mercantiles, y en la pesca: el comercio á la mayor parte de la Ciudad; la carrera de Indias ha expatriado á muchos naturales, residentes en una y otra América.

La profesión literaria siguen con tesón en las universidades, seminarios eclesiásticos y patrióticos varios jóvenes que aspiran á la iglesia, á la judicatura y otros establecimientos.

Han sobresalido en aquellos cuerpos literarios los hijos de San Sebastián, ocupando cátedras y siendo honor de los colegios mayores




---

(1) Hispaniae et Lusitaniae Itinerarium. Impresión de Amsterdam de 1656. pág. 129.